

pañá, tanto como lo fué don Bartolomé Jiménez, cacique y vecino principal de Jilotepec, por haber cooperado á la fundación de Querétaro. Sí consta que alcanzó señalada merced don Diego Tomás Quesuchigua, hijo del Calzontzin, último rey de Michoacán. Acreditóle Carlos V en la cédula que le otorgó, crecidas expensas y leales servicios, con ocasión de haber arruinado la inexpugnable fuerza de los chichimecas guachichiles, que se vieron obligados á pedir paz y abrazarse á la ley del Santo Evangelio, un día del Seráfico Patriarca Señor San Francisco. Y hay memoria, en efecto, de que el cerro de Pénjamo, donde los guachichiles estaban encastillados, fué tomado á viva fuerza el 4 de octubre de 1528; mas como esta nación ocupaba un espacio inmenso, desde San Miguel el Grande hasta Rioverde, Zacatecas y Saltillo, sólo ignorando, cual se ignoraba entonces, la extensión de sus tierras, pudo en su ruina creer el Emperador.

A un hombre célebre por su crueldad, no menos que por su expedición y el triste remate de sus días, tocó deslindar el campo en que esa gente vivía. Sabido es que temeroso de las resultas que debía acarrearle

su atroz gobernación del Pánuco y su injusto proceder en la residencia de Cortés, aventuróse Nuño de Guzmán á una jornada que le diera nombre y le alejase, cuanto era dable, de la autoridad del Real Consejo. Su fin ostensible, como declaró á la junta de guerra tenida en Conguripo de Michoacán, el 8 de diciembre de 1529, fué entrar por el norte á descubrir ciertas provincias llamadas de las Amazonas á causa de estar pobladas de gente tan belicosa, que aun las mujeres manejaban las armas con igual destreza que los hombres. Algunos soldados que oyeron esta noticia y que habían hecho ya excursiones por ese rumbo, diéronse prisa á desmentirla, diciendo que los indios de las vertientes de Michoacán eran desnudos, montaraces, pobres, faltos de poblaciones y sembrados, y despreciables á mejicanos y tarascos, y aun á los de Pánuco. Colegirse puede que, so capa de intentos no tan provechosos como atrevidos, quería ocultar Guzmán su verdadero personal propósito, importándole los lucros y el rumbo menos que la distancia. Por su parte, los soldados primero que á lo belicoso de los indios, á su miseria y desnudez atendían.

Ello es que oída la infundamentada razón que movió al general para la jornada, se desabrió todo el ejército, y fué menester no poca sagacidad para que continuara la marcha hacia el poniente.

La ilusión de las Amazonas cayó desvanecida, no muerta, en brazos de Cristóbal de Oñate, quien la acarició tan estérilmente como el capitán Gonzalo López, que después de él pidió la empresa. Por entonces quedaba rebujado en misterios el norte de Michoacán; en tanto se descubría el de Jalisco, adonde, en comisión de Guzmán, salió Pedro Alméndez Chirinos. Los primeros indios que por ahí se dejaron ver, hallábanse congregados en las vertientes y quebradas de los montes, de donde, sabedores de los sucesos de los castellanos, les salían al encuentro, los recibían y agasajaban. Eran numerosos y poltícos, y sembraban y se vestían; á diferencia de los de Jalostitlán, Mitic, Tecuaititlán, Lagos y Comanja, con quienes á seguida topó Chirinos, que andaban desnudos, no sembraban, vivían como fieras en los campos, y al acercarse la tropa, se remontaban é iban huyendo de una en otra de sus lomas estériles y en-

carrujadas. Por su rustiquez merecían, según se ve, el nombre de chichimecas que los demás indios les daban; bien así como los desnudos guachichiles, únicos que se hallaban ahí adelante, siempre al norte, y que, en perpetua guerra con los zacatecas, de quien tomó informe Chirinos, los acechaban continuamente, para embestirlos cuando los veían más descuidados.

A tiempo que Pedro Alméndez paseaba sus armas por la tierra zacatecana; corría Cristóbal de Oñate, también en comisión de Guzmán, hasta la línea de lo que es hoy el Estado de Aguascalientes. Ambos regresaron con la buena cuenta de su encargo, y ambos son afamados por ello; que así allanaron buena parte del camino, no mucho después repetidas veces andado por los buscadores del poderoso reino de Cibola, de las *siete cibdades*, sobre las cuales tendió la noveladora fantasía popular, dorada maravillosa red en que cayeron frailes, capitanes y soldados. De la expedición de 1538 se sabe que la hizo cierto capitán, en compañía de dos religiosos enviados por su provincial fray Antonio de Ciudad Rodrigo: una vez pasada la tierra por entonces

descubierta, conocida y conquistada, hallaron dos caminos bien abiertos; el capitán escogió y se fué por el de la derecha, que declinaba la tierra adentro; mas á pocas jornadas, dió en sierras muy ásperas que no pudo pasar, y se vió forzado á volverse por el mismo camino que había llevado. Sucediéronse uno y otro fracaso, y siglos pasaron para que los raudales de oro de la California justificaran el tesón que los españoles ponían en dirigirse al Nuevo Méjico, en busca de grandes ciudades de casas resplandecientes, ornadas de ricas piedras y en sumo grado maravillosas. Empero de todas suertes, aquel imán atrajo poderosa corriente de pobladores.

Al saberse los descubrimientos hechos por ese rumbo, gobernando todavía don Antonio de Mendoza, decidieron los dueños de ganados, en atención á que éstos habían crecido sobremana, tomar sitios más extendidos y acomodados; por lo que fuéronse viniendo á poblar adonde, en tiempo de Torquemada, estaban todas las Estancias de Vacas; en más de doscientas leguas, desde el río de San Juan hasta pasar de los Zacatecas y llegar adelante de los valles de Gua-

diana; *todas tierras de chichimecas, y tan largas, que parece que no tienen fin.*

Tales fueron las circunstancias que vinieron acotando el dominio de los guachichiles por el mediodía y el poniente. Siguiendo los llanos entre Querétaro y Zacatecas, pasaban costeando solamente nuestra tierra los primeros expedicionarios y pobladores españoles. Fácil era imaginar, sin embargo, que no estaba lejos el día en que la espada que trazó las fronteras, osara pasarlas y tantear los tamaños del lunar que iba quedando en el centro de Nueva España. Puso espuelas á este resultado la invención de las minas de Zacatecas. En 8 de septiembre de 1546, asentó Juan de Tolosa sus reales á la falda de la Bufa, que, no será inútil decirlo, servía de atalaya á los zacatecas, para espiar el movimiento de sus jurados enemigos, los guachichiles. Ocupáronse luego el capitán y su gente en visitar las rancherías circunvecinas, cuyos habitantes se sometieron de buen grado, y en rastrear los minerales de que poseían rica muestra. Siquiera no tan presto como deseaban, acudió á su reclamo la fortuna: el once de junio de 1548 se descubrió la primera veta argentífera

llamada de San Bernabé; á poco la de Albarrada, y seguidamente la de Pánuco, lo cual atrajo buen golpe de españoles; que el poder de la plata, según frase de Arlegui, es tan eficaz para mover las voluntades, cuanto lo es el imán para atraer el acero.

Ocioso fuera añadir que luego se fundó población en forma, y que á su abrigo, de una vez para siempre, quedaron los zacatecas libres del temor y ascechanza de los guachichiles, contra quienes, á impulso natural y propio, se dirigió la conquista, penetrando por la brecha del noroeste en el territorio de nuestro Estado. Según Orozco y Berra, los principios de Matehuala datan de 1550; y los de San Jerónimo del Agua Hedionda (Moctezuma), de 1552. Sabemos que Juan de Tolosa fué fundador y poblador de las salinas de Santa María, y que don Juan de Oñate, yerno de Tolosa é hijo de Cristóbal de Oñate, descubrió el mineral de Chareas, donde fundaron convento los religiosos franciscanos el año de 1574. Ninguna huella queda de este primer monasterio alzado en tierra potosina. Redujéronle á pavesas los indios luego á poco de fundado; y las iras y el odio aventaron los gérmenes que

no podían medrar aquí, mientras poblasen el espacio las silbadoras flechas y el ingrato ruido de la fusilería.

Cuanto más grande y fuerte el vencedor en la contienda, tanto mayor se parecen la pujanza y valor de los vencidos. Sobre las homéricas hazañas de Cortés y sus capitanes resaltan las portentosas de Cuauhtémoc y los suyos; que si en los grandes triunfos está la gloria, en las grandes derrotas está el heroísmo. No cabe distinguir entre los que pelean denodadamente por su patria. A nobles y villanos, al habitante de la ciudad y al inculto morador de los bosques, igual impulso los lleva á batallar y á morir: defenderse, conservar incólume su honra y la de sus mujeres é hijas, identificada con la integridad del palmo de tierra en que nacieron. Con verdad se dice que hasta las fieras aman y celan el cubil que las abriga; y así, no por haber resistido la invasión en el estado salvaje, son los guachichiles que señorearon esta comarca menos dignos de consideración en la historia. De mí sé decir que, después de sentir pasmo y horror con la lectura del sitio y toma de Méjico por los iberos adalides, cuéstate trabajo concebir

que á pocos pasos de sus reales, hubiese quien pusiera dilatada resistencia á sus victoriosas armas. Amedrentado por la caída de sus rivales, el soberano del poderoso imperio tarasco se rinde sin pelear; los combates del Pánuco no fueron, de parte de los indígenas, sino estremecimientos nerviosos causados por la rudeza del yugo; sólo aquí, en más de sesenta años, estuvoalzada una barrera á las armas castellanas; y ora en lucha de guerrillas, ora en formidables encuentros, corrió cien veces la sangre de los campeones, antes de echar la traza de las ciudades que ahora vemos.

Por 1554, hacían llegar los chichimecas sus noticias á oídos del virrey, que lo era don Luis de Velasco el viejo. Sucedió que pasando para Zacatecas, por la hacienda de Ojuelos, más de treinta carretas y muchas cabalgaduras cargadas de ricas mercaderías, escoltadas de un destacamento, los chichimecas, que se habían emboscado allí cerca, cayeron de improviso sobre el convoy, y le desbarataron, como dice el cronista, en un abrir y cerrar de ojos. No escapó mas que una carreta; y unos cuantos soldados á una de caballo. De los reveses habían sacado

provechosa lección los indios. Tenían entonces por jefe á un llamado *Maxorro*, de más ciencia militar que la que en un chichimeca pudiera suponerse; el cual, en junta de guerra, dióles su opinión, que con aplauso acogieron, de no pelear en campo abierto, por la ventaja que con las armas de fuego les llevaban los españoles; sino recogerse sin otro embarazo que un talego de maíz tostado, á las alturas y picachos cercanos á los puertos donde podrían espíar la ocasión de acometer á sus enemigos y de hacer fructuosas entradas por las poblaciones vecinas. Seguida de éxito cabal fué esta resolución, como el suceso narrado lo indica; mas él aconsejó también provechosamente al virrey, quien por tener cuerpos de guardia que hicieran frente á los indios, mandó fundar las colonias de San Felipe y San Miguel el Grande; al propio tiempo que los primeros trabajadores de las minas de Guanajuato alzaban una fortaleza para defenderse por sí.

Ponía su blanco el gobierno en desembarazar de indios el camino y dar seguridades al comercio de Zacatecas. Nueve familias de españoles y gran número de mejicanos

y tlaxcaltecas, llegaban á fundar el presidio de San Felipe, el 21 de enero de 1562; gente noble y de valor echaba, en 25 de julio de 1563, los cimientos de la villa de Santa María de los Lagos; y no mucho después surgía á la vida el pueblo de la Asunción de Aguascalientes: todo con el fin de tener á raya á los salteadores, que según la táctica adoptada, no sólo acometían á los viajeros de Zacatecas, [sino] también á las poblaciones inmediatas, de lo que es testigo Celaya. Hallábanse avecinados en Apaseo multitud de españoles, oriundos casi todos de Vizcaya: no pudiendo cultivar las fértiles tierras que les habían sido mercedadas, por las continuas agresiones de los chichimecas, acordaron fundar una villa en medio de ellas, con autorización del virrey; y llevando á efecto su pensamiento, el 12 de octubre de 1570, viniéronse á Celaya.

Un año antes, de los gobernadores de lo interno, supo don Martín Enríquez que la insolencia de los chichimecas llegaba al extremo; por lo cual ordenó que de distancia en distancia se erigieran presidios, principalmente en los puntos llamados *Ojuelos* y *Portezuelos*, donde aquéllos solían embos-

carse. Recibió asimismo noticia de que los guachichiles entraban robando y matando hasta Guanajuato; y para castigarlos y dejar libres los caminos, mandó al alcalde mayor de aquel partido, don Juan Torres de Lagunas, que llamara las milicias y saliera á campaña. Esta duró cuatro meses, y fué hecha por cuatro compañías. Batidos con gran mortandad y desalojados de los puestos fuertes que ocupaban, los guachichiles y sus vecinos se internaron más en la tierra.

Temibles debieron ser y recio y obstinado su pelear, porque el virrey en persona se puso al año siguiente, 1570, á la cabeza de algunas fuerzas de Méjico, y vino á establecer la línea de presidios en los puntos más amagados como Celaya y San Felipe, desde donde comenzaron los españoles á correr tierra adentro, en busca de minas, cuyo hallazgo determinó la fundación de otras poblaciones. Aquella época fué para los guachichiles alborada de civilización, pues sus pequeños hijos é hijas, que durante la expedición cayeron en poder de las tropas, fueron llevados á Méjico por cuidado del virrey, y repartidos en las casas ri-

cas para ser educados cristianamente. En parte al menos, como que la reducción empezaba, quedaba logrado el objeto á que miró don Fernando de Tapia, en el ayudar á los conquistadores, y pudo bajar á la tumba (1571), seguro de que en su hijo don Diego, que tenía ya edad competente para el ejercicio de las armas, les dejaba un heredero de su bien probado valor y adhesión jamás desmentida. Don Diego, en efecto, con la gente que alistó, dirigióse al norte; ganó á fuerza de armas el valle de San Francisco y los Bledos, donde fundó grandes haciendas y molinos de metal; y tuvo parte en el descubrimiento de las minas de San Luis Potosí, antiguamente llamadas de Tangamanga. Del resultado de sus campañas puede juzgarse, sabiendo que no mucho después (1580) cuando finalizaba el gobierno de don Martín Enríquez, los feroces guachichiles aviniéronse á tratar de paz mediante el capitán Miguel Caldera, hijo de chichimeca, que entre ellos gozaba de singular valimiento. No hay para qué decir si el virrey acogería con júbilo la propuesta, ni si prometería otorgar á los indios cuanto pedían; mas como pareciese necesari-

rio convocar á toda la nación guachichila, oir á sus jefes y fijar las condiciones, quedó entonces solamente iniciado el pacto, y reservada á otro ilustre prócer la gloria de terminarlo.

A la de Enríquez bastó haber procurado el aumento del reino con el establecimiento de presidios y colonias en que todavía el año de 1575 entendía para asegurar sus conquistas y poblar las tierras que los chichimecas habían dejado desiertas. A pesar de todo, seguían éstos asaltando á los viajeros de Zacatecas, robando mercaderías y asolando las poblaciones. Querétaro sufrió graves daños en 1582, desapareciendo nada menos que siete pueblos á la feroz acometida de los indios de guerra, lo que fué causa de que el alcalde mayor temiera por toda la provincia. Seis años adelante, en 1588, llegaron hasta Yuririapúndaro y sobre él cayeron tan reciamente, que los vecinos apenas tuvieron tiempo de refugiarse en la Iglesia, cuya fachada ostentaba, aun á mitad de este siglo, una efigie de San Nicolás Tolentino con el descalabro de las flechas en aquella ocasión disparadas. Habíanse aprovechado los invasores de la ausen-

cia de don Alonso de Sosa, chichimeca convertido, á quien temían, con razón, por haberlos vencido en repetidas acciones; y ya se reputaban vencedores, y ya se disponían á celebrar su triunfo con el sacrificio de dos mujeres apresadas, cuando dió sobre ellos don Antonio Trompón, custodio por don Alonso del pueblo, y rescató á las víctimas y los persiguió briosamente.

Llegamos á la última guerra. Habiéndola movido, aparte de las tribus cazadoras, otras que ya estaban de paz, se alarmó justamente el gobierno, y decidió una campaña formal, de la que hizo cargo á don Rodrigo del Río, jefe experimentado y resuelto. Españoles é indígenas lucharon bravamente sin resultado positivo alguno, hasta que, valiéndose de Caldera, á la sazón comandante del valle de San Francisco, entró en pláticas del Río, para pactar ya una tregua, ya las paces, aun á costa de sacrificio pecuniario, si esto fuera posible. Habiéndolo sido, se convino que los indios se sujetarían á vivir tranquilos sin causar daños ni alborotos; y que perseguirían á los más cercanos que se alzarán. En cambio, recibirían del gobierno colonial, por cierto

número de años, mantenimientos y vestidos. Los que no aceptaron este convenio fueron tenazmente perseguidos, hasta que se internaron al norte.

Este año de 1589, que se ajustaron las paces, fué fundado Santa María del Río, por guachichiles y otomíes, en terrenos de la hacienda de Villela y en un sitio llamado San Diego de Atotonilco. De los pueblos de nuestro Estado, ese y Tierranueva cuentan entre sus fundadores á individuos de la familia otomí. Las demás colonias establecidas, lo fueron con indios sacados de Tlaxcala, ora por ser esta ciudad populosa, ora por su relativa cultura, ora, lo que más vale, por su inquebrantable adhesión á los españoles. Averiguado es que cuatrocientas familias salieron de la antigua república hacia estas partes, de orden del virrey don Luis de Velasco el segundo (1591), y con la ayuda de fray Jerónimo de Mendieta. Trajeronlas fray Ignacio de Cárdenas y fray Jerónimo de Zárate, y se repartieron por Tlaxcallilla, á inmediaciones de esta ciudad de San Luis, junto á la congregación de Santiago, que era de guachichiles; por San Miguel Mexquitic, por el Venado, por San Andrés,



por Colotlán y el Saltillo. Mas no se crea que estos colonos consintieron lisamente en abandonar su suelo y venir á ser, á tan larga distancia, antemural de los bárbaros y guardianes de su obediencia. Lejos de eso, pactaron que habían de gozar de privilegios, como si fuesen hijosdalgo de Castilla; que podrían montar á caballo y portar armas; y que sus pueblos, en los cuales no habían de vivir españoles, deberían medir tres leguas por cada viento.

Cediendo y allanándose, para tratar de potencia á potencia, el de Velasco otorgó á los tlaxcaltecas lo que pedían y á los guachichiles cuanto exigieron, á trueque de tener paz y por reducir estas tribus vagabundas á poblaciones, donde las instruyesen los otros indios en cristiandad y política. Que su empeño en esta parte fué estéril, pruébalo, sin embargo, que guachichiles y tlaxcaltecas no habitaban jamás la misma casa, ni contraían entre sí matrimonios, ni mezclaban sus usos y costumbres. La paz, con todo, quedó asegurada. Descubierta en 1592 el mineral de San Pedro del Potosí, donde se improvisaron las mayores fortunas de que se sabía por entonces, y de donde sacó

la real hacienda en cortísimo plazo muchos millones por derecho del quinto, acudieron de todas partes al bramo, según la feliz expresión de un cronista, bandadas de españoles é indios, que edificaron á toda prisa sus casas y fundaron haciendas y labraron tierras. Gabriel Ortiz de Fuenmayor, Pedro Benito, Pedro de Anda, Juan de la Torre, Juan de Zavala, Antonio de Arizmendi Gogorrón, Juan de Oñate y cien y cien más, algunos de los cuales les son familiares, con las barras de plata y oro con que hicieron su fortuna, soberbio monumento alzaron al poderío del nombre español; no tan grande ni tan duradero, á todas luces, como el que en esta ciudad cuyos cimientos zanjaron, tienen el paternal gobierno de don Luis de Velasco el mozo y la santidad de Luis el noveno de Francia.

## II

Narrados así los acaecimientos por tan compendiosa y desaliñada manera, el resultado parecerá inexplicable, como proveniente de causas que le son desproporciona-